

ct

El abismo

de
Raquel Pulido

(fragmento)

A mi madre

El alma se parece a las fuerzas combinadas de un carro de caballos y un auriga (...) En la especie humana, el auriga dirige dos corceles, el uno excelente y de buena raza, y el otro muy diferente del primero y de un origen también muy distinto. Un carro semejante no puede dejar de ser penoso y difícil de guiar.

PLATÓN
(Fedro)

PERSONAJES:

FELIPE

de origen griego (*el que ama a los caballos*).

Felipe es impulsivo, alegre, vividor, locuaz. De sonrisa amplia.

Tiene un tumor cerebral ramificado, un cáncer irreversible que lo dejará ciego y sordo antes de morir. Soporta el dolor gracias a la morfina.

Felipe puede recibir visitas, pero nadie acude a verlo.

SEVERO

Procede del latín, *severus*, cuya etimología no parece clara. Puede venir de *verus*, que significa verdadero, auténtico; o bien puede proceder de *saevus*, que significa rudo, riguroso, austero.

Severo es oncólogo y un excelente cirujano. Es analítico, racional, comedido, silencioso, de mirada profunda. Y oculta algo, un secreto.

ESCENA 1. ANUNCIACIÓN

Una sucia terraza de hospital. En una zona lateral, cubierta por un pequeño tejadillo, se pueden ver varios enseres viejos apiñados entre los que se aprecia una desvencijada silla de ruedas y un sillón reclinable. Felipe, un paciente de unos sesenta años, de origen gallego, irrumpe en la olvidada terraza caminando deprisa y mirando continuamente hacia atrás como el que es perseguido. Viste un pijama azul de hospital, no tiene pelo y en su cráneo se advierte una marcada cicatriz longitudinal. Felipe se detiene sólo a un paso de la cornisa, después de haberse arrancado la vía, dejando atrás el pincho metálico con ruedas del que cuelga una bomba de perfusión que sostiene varios frascos de medicación, algunos de cristal y otros de plástico. Se oyen sirenas de ambulancias y otras distintas. Alguien llora a lo lejos. El viento trae un murmullo de voces desde la puerta de la terraza. Felipe mira hacia allí y les grita:

FELIPE

¡Que nadie se acerque! Que me dejen en paz...

Aparece el Dr. Ayala, un hombre de unos cuarenta años. Es el oncólogo de Felipe. Bajo la bata blanca viste de manera elegante aunque no clásica. Es alto y luce un aspecto muy cuidado. El Dr. Ayala habla con mucha calma y en un tono que intenta ser tranquilizador, pero su cuerpo entero está en tensión, como una ballesta a punto de lanzar una flecha.

DOCTOR

Felipe, soy yo, el Dr. Ayala...

FELIPE

¡Que no entre nadie más o me tiro ahora mismo! *(Se aproxima aún más al filo de la cornisa, sacando la punta de los pies al abismo)*

DOCTOR

Felipe acérquese, por favor, le aseguro que nadie va a entrar.

FELIPE

¡Que se vayan al carajo, que me dejen morir tranquilo, coño!

El médico se vuelve hacia la puerta, indicando con gestos a quienes allí se encuentran que se alejen. Al tornar la cabeza y ver a Felipe justo en el borde de la cornisa, el oncólogo cierra los ojos por un instante, como si se estuviese mareando.

DOCTOR

Felipe, ¿ve? Ya se han ido.

FELIPE

Váyase doctor.

El médico da dos tímidos pasos hacia Felipe. Su rostro muestra una mueca de vértigo, por un momento parece que se fuera a desmayar, Felipe lo percibe. El médico levanta los ojos en un esfuerzo por ayudar a su paciente y ambos hombres preguntan al unísono:

DOCTOR Y FELIPE

¿Está bien?

DOCTOR

(Turbado) Acérquese Felipe, se lo ruego por lo que más quiera (Alza su brazo y le extiende la mano)

De nuevo se oyen sirenas.

FELIPE

(Sin moverse, mirando hacia abajo) Usted tiene vértigo.

DOCTOR

Felipe, acérquese, se lo suplico.... estoy aquí para ayudarle...

El médico no se mueve de su sitio. Ante la pasividad del hombre, se toca la barbilla con la mano que un momento antes le ofrecía, con evidente desesperación. El doctor mira a su paciente, pero no puede sostenerle la mirada, es obvio que se marea.

FELIPE

¿Se está mareando?

El oncólogo se pone la mano en la frente y se tambalea hacia un lado por unas décimas de segundo. Felipe se acerca y lo toma del brazo.

DOCTOR

Menos mal...

El médico abre los ojos ampliamente, como queriendo recuperarse del vértigo y volver a controlar la situación. Felipe le acerca la silla de ruedas y lo sienta en ella.

DOCTOR

Si no es nada...

Felipe empieza a pasear al médico en la silla de ruedas por la zona de la terraza pegada a la pared, lejos de la cornisa.

FELIPE

Y pensar que usted me abrió la cabeza y me hurgó en el cerebro para sacarme esa mierda...

SEVERO

Es distinto, las alturas me impresionan.

Felipe deja al doctor al lado de los trastos viejos y se acerca a la cornisa. Saca un paquete de tabaco del bolsillo del pijama de hospital y se enciende uno mirando al horizonte. Comienza a fumar.

FELIPE

Desde aquí se ven los árboles...

SEVERO

¿Dónde?

Felipe vuelve la cabeza y lo observa. Le ofrece un cigarro. El médico lo enciende. Ambos fuman en silencio.

Suena el móvil del médico. Los dos se miran.

FELIPE

(Convincente) Que se vayan todos.

DOCTOR

Ahí fuera está el psicólogo, Felipe.

Felipe, muy serio, mira al médico fijamente sin decir nada, esperando que él dé la orden de que todos se vayan.

DOCTOR

(Poniéndose en pie) Felipe, usted tiene un tumor en la zona frontal del cerebro. Como consecuencia puede provocarle graves alteraciones en el comportamiento. Ahora mismo no es capaz de controlar su conducta y está actuando siguiendo un impulso.

FELIPE

(Sin atender a su interlocutor) Shhh ¿Oye esa música? *(El médico se muestra desconcertado)* ¡A mí nunca me impresionaron las alturas! De niño construí una casa en un árbol. Mi padre me ayudó, ¿sabe?

DOCTOR

El psicólogo puede ayudarle mejor que yo.

FELIPE

(Tajante) No quiero psicólogos.

DOCTOR

Pero Felipe, yo...

FELIPE

(Mirando con desprecio al médico) Váyase doctor Ayala... *(Parece recordar algo con alegría)*

¿Sabe que en la mili yo tuve un compañero que se apellidaba Ayala? ... Qué cabrón, me quitó una novia.... Todos los Ayala me quitan cosas. Usted, un trozo de tumor... salió perdiendo, el otro fue más listo. Era una chiquilla... *(Felipe marca en el aire unas curvas de mujer)* Todo lo tenía bonito. Hasta los ojos. Verdes... ¿Cómo le gustan a usted las mujeres?

Severo se echa a reír.

FELIPE

¿No le gustarán flacas, como esas modelos de las pasarelas?

SEVERO

No. Pero me gustan los ojos verdes.

FELIPE

Donde se ponga una mujer con curvas... *(Señalando los sueros)* Yo ya no puedo... *(Bajando la mirada a la entrepierna)* La mierda que me ponen ha matado a todos por aquí menos a mí. Pero cuénteme usted... ¿Es verdad que las enfermeras...? Ya sabe, eso que se dice de que se dejan querer en las guardias.

Severo sonríe y mira hacia el horizonte.

SEVERO

Es verdad, se ven los árboles...

FELIPE

(Mirando el horizonte) Mi padre era tratante de ganado: cabras, vacas... pero lo que más le gustaba en el mundo eran los caballos *(Volviéndose hacia el médico)* Cuando terminamos la cabaña del árbol, mi padre se marchó y nunca más volví a verlo.

Se hace un silencio.

SEVERO

Ahora tenemos que bajar, Felipe.

FELIPE

(Mirando al oncólogo y sonriendo) Esto es un marrón para usted, ¿verdad? Un paciente se quiere tirar desde el décimo piso.... ¡Plaf! Queda hecho papilla. Todos están acojonados ¿no es cierto? Usted, el director, el consejero... ¡hasta el ministro! Todos están preocupados por un pirado que va a tirarse desde el tejado y a manchar el nombre de su hospital ¡Con lo bien que iba todo!

DOCTOR

(Enfadándose) Al ministro le importamos usted y yo tres carajos. Pero a mí usted sí me importa *(Armándose de paciencia)* Felipe, yo comprendo por lo que está pasando, pero está siendo muy injusto. Nosotros queremos ayudarle.

FELIPE

(Volviéndose pensativo hacia el horizonte) Mi padre también se llamaba Felipe.